PAULO
COELHO

Adulterio

Planeta

PAULO COELHO

Adulterio

Traducción de Ana Belén Costas

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Adultério*

© Paulo Coelho, 2014
http://paulocoelhoblog.com/
Esta edición ha sido publicada de acuerdo con Sant Jordi Asociados, Agencia Literaria, S.L.U., Barcelona, España. www.santjordi-asociados.com
© por la traducción, Ana Belén Costas, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño cubierta: © Compañía (lookatcia.com)
Imagen cubierta: © Ingram Publishing
Fotografía del autor: © Marvin Zilm

Primera edición: agosto de 2014
Depósito legal: B. 13.049-2014
ISBN 978-84-08-13162-5
ISBN 978-85-431-0045-6, Sextante, Río de Janeiro, Brasil, edición original
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Todas las mañanas, al abrir los ojos para ver el «nuevo día», me apetece cerrarlos otra vez y no levantarme de la cama. Pero es necesario.

Tengo un marido maravilloso, perdidamente enamorado de mí, propietario de un importante fondo de inversión y que todos los años —aunque no le gusta— figura en la lista de las trescientas personas más ricas de Suiza, según la revista *Bilan*.

Tengo dos hijos que son «la razón de mi vida» (como dicen mis amigas). Muy temprano por la mañana tengo que prepararles el desayuno y llevarlos al colegio —a cinco minutos de casa andando—, donde estudian a tiempo completo, lo cual me permite trabajar y ocupar mi jornada. Después de clase, una niñera filipina cuida de ellos hasta que mi marido y yo llegamos a casa.

Me gusta mi trabajo. Soy una reputada periodista en un respetado periódico que puede encontrarse en casi cada esquina de Ginebra, donde vivimos.

Una vez al año voy de vacaciones con mi familia, por lo general a lugares paradisíacos, con playas maravillosas, en ciudades «exóticas» y con una población pobre que nos hace sentir aún más ricos, privilegiados y agradecidos por las bendiciones que la vida nos ha dado.

Todavía no me he presentado. Encantada, me llamo Linda. Tengo treinta y un años, mido 1,75, peso 68 kilos y me visto con la mejor ropa que el dinero puede comprar (gracias a la generosidad sin límites de mi marido). Despierto el deseo en los hombres y la envidia en las mujeres.

Sin embargo, todas las mañanas, al abrir los ojos y ver este mundo ideal con el que todo el mundo sueña y pocos pueden alcanzar, sé que el día será un desastre. Hasta principios de este año no me cuestionaba nada, simplemente seguía adelante con mi vida, aunque a veces me sintiera culpable por tener más de lo que merezco. Un bonito día, mientras preparaba el desayuno para todos (recuerdo que era primavera y las flores empezaban a brotar en nuestro jardín), me pregunté: «Entonces ¿es esto?».

No debería haberme hecho esa pregunta. Pero la culpa fue de un escritor que había entrevistado el día anterior y que, en determinado momento, me dijo: «No tengo el menor interés en ser feliz. Prefiero vivir de forma apasionada, lo cual es un peligro porque nunca se sabe lo que nos vamos a encontrar más adelante».

Entonces pensé: «Pobre. Nunca está satisfecho. Morirá triste y amargado».

Al día siguiente me di cuenta de que yo no corría riesgo alguno.

Sé lo que me voy a encontrar más adelante: otro día exactamente igual que el anterior. ¿De forma apasionada? Bueno, amo a mi marido, lo cual es una garantía de que no voy a caer en una depresión por verme obligada a vivir con alguien solo por cuestiones económicas, por los niños o por las apariencias.

Vivo en el país más seguro del mundo, todo en mi vida

está en orden, soy una buena madre y esposa. Recibí una estricta educación protestante y trato de dársela a mis hijos. No doy ningún paso en falso porque sé que puedo echarlo todo a perder. Lo hago todo con la máxima eficiencia y con una implicación personal mínima. Cuando era más joven sufrí por amores no correspondidos, como cualquier persona normal.

Pero, desde que me casé, el tiempo se detuvo.

Hasta que me encontré con ese maldito escritor y su respuesta. A ver, ¿qué hay de malo en la rutina o en el hastío?

Para ser honesta, absolutamente nada. Solo...

... solo el terror secreto a que todo cambie de un momento a otro, cogiéndome completamente desprevenida.

Desde el momento en que tuve ese pensamiento nefasto una mañana maravillosa, empecé a tener miedo. ¿Sería capaz de enfrentarme al mundo sola si mi marido muriese? Sí, me respondí a mí misma, porque su herencia sería suficiente para mantener a varias generaciones. Y si muriera yo, ¿quién cuidaría de mis hijos? Mi adorado marido. Aunque acabaría casándose con otra, porque es rico, encantador e inteligente. ¿Estarían mis hijos en buenas manos?

Mi primer paso fue tratar de responder a todas mis dudas. Y, cuantas más contestaba, más preguntas surgían: ¿se buscará una amante cuando yo sea vieja? ¿Tendrá ya a alguien, porque no hacemos el amor como antes? ¿Pensará que tengo a alguien por no haber mostrado mucho interés en los últimos tres años?

Nunca discutimos por celos, y eso me parecía genial, pero a partir de aquella mañana de primavera empecé a sospechar que se trataba de una falta absoluta de amor por ambas partes.

Hice todo lo posible para no pensar más en el tema.

Durante una semana, al salir del trabajo, iba a comprar algo a la rue du Rhône. Nada especial, pero al menos sentía, digamos, que algo estaba cambiando. Al necesitar alguna cosa que antes no necesitaba. Al descubrir un electrodoméstico que no conocía, aunque sea muy difícil que surja alguna novedad en el reino de los electrodomésticos. Evitaba entrar en tiendas para niños para no echar a perder a mis hijos con demasiados regalos. Tampoco iba a tiendas de productos para hombres para que mi marido no sospechara de mi exceso de generosidad.

Cuando llegaba a casa y entraba en el reino encantado de mi mundo particular, todo parecía maravilloso durante tres o cuatro horas, hasta que todos se iban a dormir. Entonces, poco a poco se fue instalando la pesadilla.

Pienso que la pasión es para los jóvenes y que su ausencia debe de ser normal a mi edad. No es eso lo que me asusta.

Hoy, algunos meses después, soy una mujer dividida entre el terror a que todo cambie y el terror a que todo siga igual el resto de mi vida. Alguna gente dice que, a medida que se acerca el verano, empezamos a tener ideas un poco raras, nos sentimos más pequeños porque pasamos más tiempo al aire libre y eso nos da la dimensión del mundo. El horizonte queda más lejos, más allá de las nubes y de las paredes de casa.

Puede ser. Pero no duermo bien, y no es por culpa del calor. Cuando llega la noche y nadie me ve, me asusto por todo: la vida, la muerte, el amor y su ausencia, el hecho de que todas las novedades se están convirtiendo en hábitos, la sensación de que estoy perdiendo los mejores años de mi vida en una rutina que va a seguir repitiéndose hasta que

me muera, y el pánico a enfrentarme a lo desconocido, por más emocionante y aventurero que sea.

Naturalmente, trato de consolarme con el sufrimiento de los demás.

Enciendo el televisor, veo un telediario cualquiera. Escucho una gran cantidad de noticias sobre accidentes, damnificados por fenómenos naturales, refugiados. ¿Cuánta gente enferma hay en el planeta en este momento? ¿Cuántos sufren, en silencio o a gritos, injusticias y traiciones? ¿Cuántos pobres, desempleados y presos hay?

Cambio de canal. Veo una telenovela o una película y me distraigo durante unos minutos o durante unas horas. Me muero de miedo por si mi marido se despierta y me pregunta: «¿Qué pasa, mi amor?», porque tendría que contestarle que no pasa nada. Peor sería, tal como ocurrió dos o tres veces el mes pasado, si en cuanto nos acostásemos decidiera poner la mano en mi muslo, subirla muy lentamente hacia arriba y empezar a tocarme. Puedo fingir el orgasmo, ya lo he hecho muchas veces, pero no puedo simplemente decidir ponerme húmeda.

Tendría que decir que estoy exhausta, y él, sin confesar jamás que le fastidia, me daría un beso, se volvería hacia el otro lado, vería las últimas noticias en su tableta y esperaría al día siguiente. Y entonces yo rezaría para que estuviese cansado, muy cansado.

Pero no siempre es así. De vez en cuando tengo que tomar la iniciativa. No puedo rechazarlo dos noches seguidas o acabará buscándose una amante, y no quiero perderlo, de ninguna manera. Masturbándome un poco, puedo estar húmeda antes, y todo vuelve a la normalidad.

Todo vuelve a la normalidad significa «Nada va a ser

como antes», como cuando todavía éramos un misterio el uno para el otro.

Mantener el mismo fuego después de diez años de matrimonio me parece algo raro. Y cada vez que finjo placer con el sexo, me muero un poco por dentro. ¿Un poco? Creo que me estoy muriendo más deprisa de lo que pensaba.

Mis amigas piensan que tengo suerte, porque les miento diciéndoles que hacemos el amor con frecuencia, igual que ellas me mienten a mí diciendo que no saben cómo sus maridos pueden seguir sintiendo el mismo interés. Afirman que el sexo en el matrimonio solo es placentero durante los cinco primeros años y que, a partir de entonces, es necesario un poco de «fantasía». Cerrar los ojos e imaginar que tu vecino está encima de ti, haciendo cosas que tu marido jamás se atrevería a hacer. Imaginar que te poseen él y tu marido al mismo tiempo, todas las perversiones posibles y todos los juegos prohibidos.

Hoy, al salir para llevar a los niños al colegio, me he quedado mirando a mi vecino. Nunca lo he imaginado encima de mí; prefiero pensar en un joven reportero que trabaja conmigo y aparenta un permanente estado de sufrimiento y soledad. Nunca lo he visto tratando de seducir a nadie y ahí radica, precisamente, su encanto. Todas las mujeres de la redacción han comentado alguna vez que «les gustaría cuidarlo, pobrecito». Pienso que él es consciente de ello y se conforma con ser un simple objeto de deseo, nada más. Tal vez siente lo mismo que yo: un miedo terrible a dar un paso adelante y estropearlo todo, su trabajo, su familia, su vida pasada y futura.

Pero en fin... Esta mañana he observado a mi vecino y he sentido muchas ganas de llorar. Él estaba lavando el coche y he pensado: «Mira, una persona como mi marido y como yo. Llegará un día en que haremos lo mismo. Los niños habrán crecido y se habrán mudado a otra ciudad o incluso a otro país, y nosotros estaremos jubilados lavando nuestros coches, aunque podamos pagar a alguien para que lo haga por nosotros». Sin embargo, después de cierta edad, es importante hacer cosas irrelevantes para pasar el tiempo, para demostrarles a los demás que nuestro cuerpo

todavía funciona bien, que aún sabemos lo que es el dinero y que seguimos realizando ciertas tareas con humildad.

Un coche limpio no marcará una gran diferencia en el mundo. Pero esta mañana era lo único que le importaba a mi vecino. Él me ha deseado un buen día, ha sonreído y ha vuelto a su trabajo, como si cuidara de una escultura de Rodin.